

UN MES DE CONFINAMIENTO

Autor: Adolfo Caballero Guirado

Julio y Raquel eran el matrimonio arquetipo, de clase media, por el que se podía regir cualquier pareja con deseos de convivir en correcta armonía; el secreto de su excelente convivencia estribaba en la profunda comprensión que aplicaba el uno con el otro, y en el magnífico modo de afrontar las vicisitudes que les surgían, de otra manera su envidiable relación se habría visto afectada negativamente. Los dos tenían muy claro que asuntos podían tratar y que otros no, y por encima de todos había uno totalmente vetado; discutir sobre asuntos de familia, sabían que por la familia un buen porcentaje de matrimonios había roto su nexo y eso los mantenía en alerta. No es que huyeran de los problemas familiares, todo lo contrario, acudían a tratar de resolverlos; pero lo hacían sin entrar en chismorreos que perjudicaran su relación de pareja. No tenían hijos, y no porque sufrieran alguna patología física que lo impidiera, sino porque estaban tan unidos que habían dispuesto vivir unos años solos con el fin de disfrutar del amor que se profesaban; no obstante su intención era la de hacerse de un par más adelante. Llevaban un mes sin salir del hogar respetando el confinamiento impuesto por el Gobierno de España, con el fin de combatir la pandemia del Coronavirus, o Covid 19, y ese cuarto sábado Julio se levantó, se asomó a la ventana, vio el cielo más limpio y azul que nunca y tuvo que retener el deseo de salir a la calle. Se aseó, dio los buenos días a Raquel, se sentó y tomó la novela empezada dos semanas antes. Leyendo bajo un abrumador silencio se mantuvo a la espera de que ella preparara el desayuno; solía ser de este modo, desde un tiempo acá y de común acuerdo Raquel solo se ocupaba de las labores domésticas.

—¡Cariño, ya tienes el desayuno listo! —le avisó ella desde la cocina con envidiable simpatía.

—¡Enseguida voy! —respondió incorporándose con actitud complaciente.

Dejó el libro sobre la mesita de centro, se dirigió a la cocina y ocupó el lateral de una mesa donde no faltaba un detalle. Raquel había colocado, de su creatividad, unos motivos de decoración que invitaban a desayunar con ánimo. De entre todo cuanto había a la vista, resaltaban dos puntiagudos cuchillos, dos relucientes tenedores y dos estilizadas cucharillas de una recién estrenada cubertería, que les había costado un buen pico.

—¿Cariño, a dónde habríamos ido esta tarde de no haber estado confinados? Hace un día magnífico.

—Pues por ejemplo a la playa, aunque ya sabes, los sábados hay tanta gente que... ¿Quizá mejor al cine?

—¡Sí mejor, al cine!, pero a la segunda sesión para así cenar en un restaurante —dejó escapar su ironía.

Las muertes que el virus estaba causando no invitaban a generar bromas, pero así y todo se echaron a reír, el optimismo no estaba reñido con la atípica situación que vivían.

—Raquel, —dijo Julio pensativo— ayer, en un momento de ensimismo, me di cuenta de lo afortunados que somos comparándonos con la gente que nos rodea; amigos, conocidos y familiares. Pertenecen a nuestra escala social, pero son muy diferentes a nosotros en muchísimos aspectos. Un ejemplo: los vecinos de abajo, los Mar-

tínez, tienen nuestra edad, les queda más de la mitad de la vivienda por pagar, y para colmo son feísimos. En cambio nosotros, con solo seis años de casados ya hemos pagado la nuestra, no tenemos deuda alguna y no somos feos ¿verdad?, ¡sobre todo tú que eres la mujer más bella que he conocido! —le regaló una amplia sonrisa.

Julio la abrazó por detrás, acarició sus senos, su vientre, su regazo y le besó el cuello.

—¡Adulador, que siempre me estas halagando con tus exageraciones! —admitió Raquel sin esconder la complacencia de su ego.

—Es la verdad, tú eres la más guapa de todas las mujeres que nos rodean; diría que cien veces más que las de nuestras familias, y mil más que Josefa, la pobre es tan fea que no parece tu hermana —Julio dejó escapar una mueca maliciosa que Raquel captó.

—Cierto, es fea, pero yo encuentro que tu hermana Rebeca, al parecerse a tu padre, lo es mucho más. Por desgracia ninguno de los dos tuvo suerte con su físico, la naturaleza se ensañó con ellos y les dio unos ojos que parecen puñaladas en un melón —su parquedad fue aplastante.

—Ya sé que tiran a feos, pero no por los ojos. En realidad, lo que desentona de su fisonomía facial es la nariz, aunque bien es sabido que una nariz grande se considera agraciada, la prueba es el gran número de obras literarias que la realzan como una cualidad, por ejemplo: *Cirano de Bergerarc*. En cambio a Josefa lo que la desfigura es su labio inferior, tan gordo y descompensado con todo lo demás. Menos mal que es buena chica, no como tu hermana Teresa, esa sí que tiene mala leche, a pesar de no ser tan fea —contuvo la indignación.

—¡Cariño, que gaste genio no quiere decir que tenga mala leche!, tú le tienes manía porque te contradice muchas veces, has de ser comprensible y tratar de entenderla aunque no tenga razón, o en ocasiones no diga la verdad. Piensa que ella cree tenerla y se comporta de ese modo —su voz sonó áspera.

Julio comenzó a alterarse y, por ende, a subir de tono sus palabras, no cayó en la cuenta de que estaba entrando en terreno prohibido.

—¡Qué razón ni qué narices, se comporta como una estúpida! ¡Se cree una sabihonda cuando en realidad es una ignorante inculta que me recuerda a tu padre! —una súbita ira lo invadió.

Raquel sintió que los nervios se apoderaban de ella, Julio con su comportamiento la estaba sacando de quicio, nunca le había hablado de este modo, por lo que le respondió imitándolo.

—¡Un momento amigo, a mi padre no lo insultes, será esto o lo otro, pero no un ignorante inculto! ¡De haberlo sido no se habría esforzado tanto en que yo estudiara, gracias a él saqué una carrera que me dio importantes ingresos con los que pagué más de la mitad de esta vivienda! —sus palabras sonaron viscerales.

—¿Quieres decir, acaso, que la vivienda es más tuya que mía? ¡Pues acuérdate que la diferencia la compensé yo pagando los muebles, los electrodomésticos, tu coche y el mío! ¡Y además le presté dinero a tu hermano Bernardo, que por cierto aun no me lo ha devuelto! —sintió que la sangre le hervía.

—¡Tú te ofreciste voluntario a prestárselo, así que ahora no me lo echés en cara, si no te lo ha pagado es porque no habrá podido! —espetó culpándolo.

—¿Qué no habrá podido?! ¡Querrás decir que no le ha dado la gana! ¡Mientras nosotros, los primeros años de casados nos privábamos de muchas cosas, él tiraba su sueldo en bares, en discotecas y en hacer sus buenas vacaciones que nunca le faltaron! ¡Y además cuando le dejé el dinero no sabía que era un sinvergüenza y un...!

—¡Mi hermano no es ningún sinvergüenza! —lo interrumpió—, es bastante mejor persona que tu hermana Herminia, por poner un ejemplo; ella sí que lo hizo mal, se acostó con todos los del barrio y después no se supo de quién era el hijo que tuvo, aunque por el parecido todos pensaron en el cura, que se la tiraba cuando encartaba! —la malicia parecía regodearse en ella.

La pareja llegó a una situación de crispación e intolerancia casi incontrolable. De sus labios fluyeron duras verdades sobre ambas familias, que cada cual guardaba celosamente en un simbólico recipiente, a la espera de sacarlas de él y lanzarlas con toda fuerza y crudeza. Julio se dio cuenta del feo asunto que tenían entre manos, o más exacto entre bocas, y a pesar del desaforado deseo de continuar con él para soltar todo lo que aún le quedaba dentro de su recipiente, trató de suavizar la incongruente discusión.

—Vamos a tranquilizarnos y a no llevar esta absurda riña más allá de sus límites ¿vale? Hablemos sin alterarnos y de manera que no nos agraviemos cuando digamos las verdades, por duras que nos parezcan. Déjame que te diga, y no te ofendas, que en lo referente a las mujeres de ambas familias, la tuya ya comenzó mal con tu madre. Sabes muy bien, que siendo novia de tu padre saltó por la ventana de su casa una noche, se fue a la panadería, se revolcó con el panadero y cuando salió envuelta en harina fue vista por gente de la vecindad. Eso tienes que admitirlo y no es necesario que montes un espectáculo, se trata de una gran verdad sabida por todos.

—Muy bien cariño, ya ves que no me altero, sin embargo, eso que dices lo inventó tu tío Faustino que fue quien la vio salir de la panadería, y lo hizo por despecho y celos, ya que él jamás consiguió una sola mirada de ella. En cambio tu madre tuvo tres novios antes de tu padre, algo insólito para una época en la que todas las mujeres tenían que ir vírgenes al altar. Y otra cosa te digo, yo me enamoré de ti porque eres guapo, pero en tu familia no hay nadie que lo sea. Se podría pensar que tu verdadero padre es otro con el pelo rubio como tú, y no el marido de tu madre, que tiene el pelo negro como el resto de tus hermanos —tras estas palabras sintió gran satisfacción.

—¿Estas insinuando que mi madre es una puta?! —Julio se encolerizó.

Pero Raquel no se arredró, al contrario, estaba dispuesta a decirle unas cuantas cosas. Llevaba mucho tiempo sin cantarle las cuarenta y esta oportunidad no quería perdersela, aunque ello supusiera un pequeño enfado entre los dos. En ese momento consideró necesario que se dijeran todo cuanto desearan sobre las dos familias, y ya no habría más discusiones.

—¡No, eso depende de cómo se les llame a las mujeres que se han acostado con varios hombres! —su maliciosa risa volvió a surgir.

—¡Mi madre estuvo con varios hombres, pero todos novios formales, que por las circunstancias que fueran rompió con ellos, te enteras! —percibió que un daño demoledor recorría sus entrañas.

—¡Y cuál es la diferencia! ¿Acaso los novios formales de entonces no fornicaban como descosidos?

—¿Entonces tú, qué fue lo que hiciste con los dos novios que tuviste antes de conocerme? —aunque le formuló la pregunta sabía la respuesta.

—¡Pues lo mismo que tu madre, pero con la diferencia de que en estos tiempos ese asunto apenas tiene importancia! ¿O acaso tú, que te consideras tan moderno, tan liberar y comprensivo me vas a decir que la tiene?

—¡Naturalmente que la tiene, o te has olvidado que cuando nos conocimos me dijiste que eras virgen!

—¿Qué querías que te dijera el primer día, que estaba harta de follar?! ¡De todas formas después te expliqué que no lo era, así que ahora no me vengas con esas! ¡También yo podría estar enfadada sabiendo que te entiendes con tu prima Mari, y ya ves que no! ¿O creías que no lo sabía? —contuvo la rabia que le mordía.

—¡Eso es una calumnia que la gente ha levantado, y todo porque ha visto la buena relación que existe entre nosotros dos! ¡Y también por el reconcomio de los hombres, que la desean por ser tan hermosa!

Al llegar a este punto Raquel se transformó de tal manera que sus ojos parecían emitir rayos de ira y odio. De súbito recordó los halagos de Julio, especialmente cuando le dijo por primera vez que era la mujer más bella del mundo, y dedujo que todo había sido mentira.

—¿Por qué has sonreído al decir lo de hermosa?, ¿acaso ya no me consideras más guapa que ella, eh? ¡Y una cosa te hago saber, no es cierto que todos los hombres desean a tu prima, solo los más audaces se la tiran, y digo audaces porque los sensatos no se atreven por temor a contagiarse de alguna enfermedad; saben que siempre está chingando con unos y con otros! —sus palabras, aunque serías, sonaron burlescas.

—Mira Raquel —intervino Julio intentando serenarse, pero sin perder el deseo de sacar todo cuanto le quedaba dentro, que según él era mucho—, eso que comentas de Mari es exactamente lo que hizo tu tía Juana con todos los hombres del pueblo, incluido el tonto. Así que no hables mal de mi prima porque sea guapa y algo liviana —dijo mostrando una falsa serenidad.

—Cariño, es mejor que dejemos la discusión de familia de familia o acabaremos mal; recuerda que lo tenemos prohibido.

—Pues opino que ya que hemos empezado, deberíamos seguir hasta sacar todos los trapos sucios de ambos lados, tal vez de esa manera evitemos otra absurda discusión en el futuro —era evidente que desconocía en profundidad el calado de estas discusiones.

—¡Bien, pero te advierto que en tu parte hay más trapos sucios que en la mía y temo que no lo soportes!

Los nervios, que habían permanecido bullendo en su interior, surgieron a flor de piel y lo irracional emanó fluido de sus bocas sin que ninguno tuviera que meditar.

Julio detectó que perdía el control de sus actos, en modo alguno encajaba que ella lo rebatiera con argumentos de la misma envergadura que los suyos. Aun así continuó atacando con su ristra de verdades.

—¡Cómo puedes decir eso si lo que hizo tu padre en el río fue mucho más grave que todos los males creados por mi familia, y sabes bien a lo que me refiero!

—¡Pues seguramente no lo sé, si escucho tu versión sonará tan distinta a la mía que parecerá otra!

—¿Me vas a negar que tu padre permitió que sus dos hermanos se ahogaran en el río para él quedarse con la miserable herencia de tus abuelos? ¡Bien sabes que han sido varios los que me lo han contado!

—¡Eso es mentira, lo que hizo cuando vio que se ahogaban fue echarles un tronco para que se agarraran a él, pero la fuerza del agua los zarandó, los golpeó y los hundió!

—¡Sí, eso es lo que a veces cuenta él en esas tertulias que tenemos en casa después de comer! ¡Y a propósito de comer, no me negarás que tanto tu padre como tu madre siempre están aquí dándonos la gorrada, mientras que los míos apenas vienen y no porque no les agrade, sino porque tú no los invitas!

—¡Es vergonzoso que digas eso de ellos, bien sabes que te tienen mejor considerada que a una hija!

—¿Eso es lo que crees?! ¡Pues te equivocas! ¡En tu presencia se comportan muy bien conmigo, pero cuando no estás me tratan mal! ¡También en la calle, tu madre, con su lengua de víbora, me pone como un guiñapo!

—¡Cómo es posible que comentes eso de mi madre con la estima que te tiene, maldita pécora! —el dolor que sintió lo hirió profundamente.

—¡Pues sí, soy una pécora, pero tú eres un cabrón!

—¡Ya imaginaba que me ponías los cuernos, has dejado claro que eres una puta!

Julio agarró uno de los cuchillos por el mango y con gesto amenazante se fue al extremo de la mesa que ocupaba Raquel. Pero ella no se arredró, también empuñó el otro cuchillo dispuesta a todo. Frente a frente se miraron con crueldad jamás expresada por ninguno de los dos, y al unísono se lanzaron a clavárselos con el más férreo deseo. En décimas de segundo Raquel le hincó el suyo a Julio en el costado, al tiempo que sentía como el de él entraba rozándole el corazón. Se desplomaron abatidos. En el suelo, sangrando a borbotones y con un torrente de lágrimas en los ojos, se miraron tremendamente sorprendidos. Sin embargo, realizaron un titánico esfuerzo y se dieron un profundo beso confirmando el amor que se tenían. Segundos después exhalaban su último suspiro.